

De modo que siendo una idea falsa la de la capacidad del Estado para crear cultura, es además una idea destructora de la cultura, porque al pretender crearla la frustra y bastardea, privándola de la condición de la generalidad. Cuando hablamos de la creación cultural del Estado, pensamos en lo que es una simple apariencia.

Un plan de enseñanza, la erección de un instituto docente, no tienen valor cultural por sí, porque no son sino fórmulas. Tienen el valor de los hombres que las hagan vivir. Un hombre vale más que una escuela, porque ésta vale por medio de aquél, y solamente en la medida de su valor.

Por eso un hombre de real y serena cultura es una fortuna considerable. A medida que el medio social en que actúa es menos complicado, la penetración de su influencia es más intensa y segura, como una luz al través de un medio homogéneo.

Hace pocos días ha sido historiada la acción de uno de esos hombres, Amadeo Jacques, por el joven escritor D. Aníbal R. Ponce. Muestra cómo dejó un germen imperecedero de cultura en las generaciones que adiestró.

Hay en esa influencia de un gran maestro un fenómeno semejante al fenómeno físico de la impregnación. Yo lo compararía a la acción de un acontecimiento de la naturaleza en la vida de las plantas. En los círculos concéntricos del tallo de un árbol, o en los anillos por cuyo número cuenta sus años la palmera, el ojo avisado puede señalar por la huella que así ha dejado en lo recóndito de su vida una primavera de hielos tardíos que encojió la fibra, o una primavera de lluvias y de soles que la crió opulenta. Han pasado los años, pero ahí queda la historia de ambas primaveras escrita por sus propias manos.

Alguna vez he pensado en una institución cuyo fin fuera facilitar el contacto permanente de los jóvenes con los hombres superiores. Se diría que es ese, precisamente, uno de los fines de las Universidades. Contestaría que atraerlos ha de ser la conducta de las Universidades, pero que el contacto que hoy ellas proporcionan no es el deseable, sino otro más personal y menos áulico: el de la conversación, el del diálogo espontáneo y familiar, que conduce, como al azar, hacia los caminos de la verdad y de la sabiduría, algo de lo que ha hecho de Sócrates el modelo de los maestros.

Sócrates preguntaba a sus discípulos lo que ellos pensaban y sabían, antes que imponer su propia ciencia. Va a la plaza, a los gimnasios, a los talleres, inicia una conversación que originada en motivos frívolos, por vías imprevistas, lleva hacia los más arduos problemas. A cada uno habla de lo

que le interesa, para abrir la puerta de su simpatía, y habla de pintura con Parrhasios y de escultura con Cliton el estatuario. Sabe revestir su palabra de todos los tonos; es abandonado o elevado, llano o sutil, pero no olvida en ningún momento su fin, que es el de orientar espíritus y reformar caracteres. Se confiaban a él las almas desencantadas como las almas presuntuosas: un Apolodoro de Falere, descontento de todo y de sí mismo, o Alcibíades, amante de los placeres y caprichos, orgulloso de la vida<sup>(1)</sup>.

Es Alcibíades quien dice en el «Banquete» de Platón: «Cuando escucho a Sócrates, mi corazón late con más violencia que si me agitase la danza de los coribantes y sus palabras me hacen derramar lágrimas. Cuando he oído a Pericles me ha parecido elocuente, pero cuando he oído a Sócrates, estaba dispuesto a pensar que para vivir como lo hago, no vale la pena de vivir».

Ha habido en nuestros tiempos un hombre de cuyo recuerdo surge una bella figura de filósofo y de maestro: Don Francisco Giner de los Ríos. Todos sus discípulos—los directores actuales más calificados del pensamiento en España—lo evocan con la admiración mezclada de ternura con que hablan Platón o Jenofonte del maestro griego. No recuerdan hermosos discursos, ni documentadas teorías, ni dichos agudos y limados, sino sus ademanes cordiales, sus palabras serenas, sobre todo la lección inolvidable de su conducta, porque no hacía como los otros la generosidad fácil del hablar, sino llanamente, la heroica generosidad de su vida.

Sus lecciones eran, sobre todo, la emanación espontánea de su vivir y llegaban a sus discípulos insensible y hondamente como un perfume.

(1) *Socrates*, por Víctor Delbos.

## REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega..... € 0.50  
El tomo (24 entregas)..... 12.00  
El tomo (para el exterior).... \$ 3.50 oroam.  
La página mensual de avisos  
(4 inserciones)..... 20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

No vive en sus conferencias y proyectos, vive en la admiración y en el testimonio de los jóvenes a quienes acompañaba en pláticas peripatéticas, en excursiones y visitas. Una palabra, una interrupción, una pregunta, a veces un silencio, quedan para siempre como un lema íntimo, como un refrán tenaz, como una armonía a lo largo de la vida.

Los que la oyeron tienen una palabra que es la verificación del verdadero maestro: lo amábamos. Cuando los discípulos hablan así, es que estamos en presencia de un maestro.

Y porque todos decimos eso de nuestras madres, es que la madre es la primera maestra, y los hijos somos, ante todo, discípulos de nuestras madres.

Era Mme. de Staël, o no sé qué mujer sagaz, la que daba a las jóvenes el consejo de escoger como compañero el hijo de una buena madre. (Lo malo de este consejo es que se aplica para cuando la joven puede escoger, lo que no siempre sucede).

Si tanto significa en la vida social el hombre de cultura, será interesante saber cuál ha sido a su respecto el ejemplo de la sociedad en América. Podemos decir resueltamente, me parece, que no ha sido el de la benevolencia. En la América tropical ha sido frecuente el espectáculo de la proscrición y la esterilización de sus mejores hombres por la pasión y la anarquía política.

Estados Unidos ha hospedado y aprovechado muchos de estos desterrados, como pueden atestiguarlo los libros de Appleton, y Europa los ha visto pulular y perecer en sus ciudades.

Como España en el siglo xv, pobre y heroica, expulsaba moros y judíos que enriquecían su producción y su ciencia para lograr la unidad religiosa, las Naciones de América, sus hijas, urgidas por tener una cultura, sobre el obscurecimiento y destrucción de sus hombres de mayor espiritualidad, han erigido su unanimidad política.

Sería una injusticia decir que tal hecho sea en nuestro país otra cosa que un simple recuerdo, pero, como en los demás países, la política y la cultura no han observado la conducta correspondiente al libre desarrollo de ambos, y al contrario, se han hostilizado recíprocamente.

JUAN B. TERÁN

Rector ilustre de la Universidad de Tucumán.  
Rep. Argentina.

(La Nación, Buenos Aires).

Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.